

LO EXCLUSIVO DEL HOMBRE DEL POPOL VUH

Sergio Custodio

I. INTRODUCCION

La historia pre-hispánica revela la existencia de manuscritos de leyendas, poemas, etc. que manifiestan un alto grado de desarrollo intelectual de los nativos pre-colombinos. El *Popol Vuh* o *Libro del Consejo* constituye una de las más raras y valiosas reliquias del pasado americano. Para el historiador, el lingüista y el literato, el *Popol Vuh* constituye una fuente valiosa para la investigación. Para el filósofo representa la oportunidad de conocer sus ideas fundamentales respecto al hombre y el mundo, o como una mera curiosidad intelectual, sino para poder comprender la vía existencial desarrollada por los indígenas pre y post-colombinos. El *Popol Vuh* nos enseña a través de la apariencia del mito —al igual que Platón— la cosmovisión de un pueblo filosóficamente elaborada; y es tarea del filósofo el desentrañar esta cosmovisión haciendo caso omiso de lo meramente mitológico que puede constituirse en materia de trabajo para el lingüista, el historiador y el literato. El *Popol Vuh* contiene pensamiento filosófico de gran importancia; nos habla de una antropología filosófica, de una ética, de una cosmogonía que revelan la idea filosófica de un esquema ontológico general ya elaborado y que, según parece, era comúnmente aceptado en tanto que el *Popol Vuh*, llamado también el libro sagrado de los quichés, pueblo indígena que ocupa actualmente parte de la región noroccidental de la República de Guatemala, permaneció, por un tiempo, a través de la forma oral de la tradición, hasta que fue escrito en lengua quiché con caracteres castellanos, habiéndolo traducido al castellano el padre Francisco Ximénez, en el siglo XVIII, el ilustre autor de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*.

Aunque, en rigor, podríamos decir que el *Popol Vuh* no pertenece a una literatura o pensamiento filosófico centroamericano, en tanto que el término centroamericano nos remite a una situación espiritual y geográfica muy distinta al acontecer pre-hispánico, creo que, no obstante, representa parte de la tradición de un pueblo que ha enriquecido

lo que actualmente llamamos Centroamérica. Con rigor histórico, cultural y geográfico, el *Popol Vuh* pertenece a Mesoamérica; como fuente de inspiración filosófica pertenece al mundo de la filosofía, que es decir universal. Sin embargo, a pesar de ello, si nos atenemos al rigor de la historia también puede resultar parte de la historia y de la tradición filosófica centroamericanas; parte del patrimonio cultural de Centroamérica, digna de estudio y reflexión.

El orden metodológico en el tratamiento de las diversas exclusividades que se estudian en este trabajo no necesariamente implica al orden lógico o filosófico. Muy bien pudo haber sido elaborado empezando por la última parte o sea la exclusividad antropológica y finalizar con la exclusividad ontológica. De tal manera que las exclusividades son estudiadas de acuerdo a una correlación sistemática de tal modo que una implica a la otra. De hecho, no se hubiera podido estudiar una de ellas dejando al margen las otras. La complicación existencial del hombre del *Popol Vuh* exige y permite un estudio con ordenamiento lógico y filosófico que facilita la comprensión filosófica del texto, a la vez que revela el grado de abstracción filosófica que había desarrollado el grupo étnico de los quichés.

II. DEL TERMINO EXCLUSIVIDAD

En su acepción corriente, el término exclusividad conlleva la noción de exclusión. Sin embargo, dentro del contexto del pensamiento filosófico del presente trabajo además de mantener su connotación corriente, adquiere, precisamente, su opuesto: la inclusión. Esto es así, pues la exclusividad dentro de lo filosófico, en su modalidad de ser exclusión, significa que al mismo tiempo que se excluyó un algo de cierto nivel existencial se incluye en otro. El ente artístico, por ejemplo, se excluye de lo natural y de lo moral y se incluye, por esa misma exclusión, en el nivel existencial de lo estético. De allí que, la exclusividad, más que un término mera-

mente lingüístico se resuelve, filosóficamente, en un acontecer que se excluye del lenguaje corriente en virtud de una meditación más detenida y mesurada.

El acontecer filosófico de la exclusividad nos remite a un desenvolvimiento del ser y de los entes. El ser mismo se excluye del no-ser y del deber ser para poder incluirse dentro de su propio ámbito de ser. Y, de hecho, los entes están continuamente incluyéndose y excluyéndose en razón de ser de sus propias exclusividades e inclusividades; éstas son las características que circunscriben a los entes dentro de un nivel existencial determinado; pero, se da, también, el caso del ser del ente en que, por su exclusividad, se mantiene perennemente en relación a los niveles existenciales en el que está ubicado. Ese es el caso del ser del ente hombre, por ejemplo, que no puede colocarse en niveles existenciales que no le son apropiados sin correr el riesgo de perder sus características más íntimas en tanto ente cultural, religioso, tecnológico, ético, etc. Así, pues, aunque los términos inclusión y exclusión se muestran, aparentemente, como totalmente excluyentes van íntimamente ligados en todo acontecer, de tal manera que no podemos hablar de que algo se excluye de un cierto contexto sin admitir la participación efectiva y activa de la inclusión; pero, la relación filosófica que se da entre la exclusión y la inclusión no resulta de una simple negación lógica de una y la consiguiente afirmación de la otra, sino que ambas están íntimamente relacionadas de tal manera que una contiene a la otra en sí misma; la inclusión tiene constantemente dentro de sí la exclusión para poder ser inclusión; de igual manera, la exclusión debe incluirse como tal para permanecer como exclusión.

El sentido de *lo exclusivo*, entonces, tendrá, en este trabajo, el de una estructura formada por la exclusión y la inclusión, las cuales se contienen recíprocamente en sí mismas.

III. LA EXCLUSIVIDAD ONTOLOGICA

La posición ontológica que el *Popol Vuh* le confiere al hombre posee ciertas características propias dentro de la cosmovisión de Mesoamérica. El advenimiento de los entes obedece, en esta concepción ontológica, a una creación *ex-nihilo* ("No había nada que estuviera en pie . . . No había nada dotado de existencia") (1), y cuya teleología gira en

torno al hombre. Los entes son creados en función de la aparición final de la humanidad. El esquema ontológico no adquiere su sentido completo, si no se incluye al hombre. De modo que no se podría pensar con propiedad de la condición ontológica de lo que es sin la presencia efectiva del fenómeno de lo humano.

El hombre es excluido ontológicamente de los demás entes por su posición dentro de éstos. Los entes adquieren su realidad ontológica, también, en el contexto del *Popol Vuh*, dentro del sentido de lo humano, así que, al mismo tiempo que lo humano es excluido de la posición ontológica de los demás entes, éstos son incluidos dentro del fenómeno de lo humano a partir de esa exclusión. El sentido ontológico de los demás entes es adquirido por la exclusión del hombre del esquema general. Por esa razón, la creación de los demás entes tiene su origen cronológico anterior al hombre, "Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debería aparecer el hombre. Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el movimiento de la vida y la creación del hombre" (2).

Pero, la importancia de la exclusión del hombre de la creación cronológica original no parece obedecer a un problema de adquisición de sentido por parte de todo lo creado por la aparición del hombre en esta cosmovisión, sino que el fenómeno de lo humano es el sentido completo de todo lo creado. No es que lo humano haga su aparición para darle sentido ontológico a lo creado, sino que en el hombre mismo se resume el sentido completo de todo lo creado; esta idea se expresa en el *Popol-Vuh* cuando los Creadores y los Formadores dicen que "No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado. Así dijeron" (3). En lo humano se encuentra el sentido ontológico de lo creado. No es que mediante la aparición del hombre, al final cronológico de la creación, ésta adquiere sentido pleno de comunicación ontológica con los demás entes, en donde el sentido resultaría de esa relación, sino que, por el contrario, lo humano es portador exclusivo del sentido completo de lo creado. Por eso, el hombre tiene exclusividad ontológica; él es, según la concepción filosófica del sentido del *Popol-Vuh*, el sentido de lo creado. De allí que su posición ontológica sea exclusiva; se excluye de los demás entes y

(1) *Popol-Vuh, Las Antiguas Historias del Quiché*; Traductor Adrián Recinos; 6a. reimpresión; Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1970. Pág. 23.

(2) *Ibid.* Pág. 24

(3) *Ibid.* Pág. 24

se incluye dentro de su particular espacio y tiempo en lo creado.

Para el *Popol-Vuh*, los entes de la creación, excepción hecha del hombre, no podrían ser por sí solos lo que la mentalidad pre-colombina buscaba, el sentido completo de la posición de cada uno de los entes y de la creación en general. Los demás entes son ubicacos en el trasfondo de la creación para servir de meros accidentes a lo esencial del esquema ontológico general, es decir, el hombre.

El humanismo del *Popol-Vuh* se manifiesta con gran fuerza al presentarnos como punto central y de partida del todo a lo humano. Se evidencia que los mitos allí relatados reflejan la mentalidad pre-colombina que busca no esencialmente el sentido de lo creado (el por qué y el para qué) sino que esos mitos giran en torno al fenómeno de lo humano. El punto original de lo ontológico es el ser humano, aunque, cronológicamente, los entes constituyen el acontecer original de la creación. Sin embargo, el primer paso cronológico tiene su origen ontológico en el punto irradiante que es el hombre.

La exclusividad del hombre es a tal grado exclusiva que el hecho de lograr su creación definitiva fue antecedida por una serie de intentos en tanto que lo deseado en lo humano —el hombre perfecto por su exclusividad— no lograba su concretización. Los demás entes no pudieron lograr la exclusividad buscada, pero, sin embargo, no se insistió en hacer de la exclusividad humana una característica de éstos. Los demás entes no responden a las expectativas que se esperan de un ente verdaderamente exclusivo.

Si bien es cierto que la exclusividad se da en estos entes, únicamente opera a un nivel de pura clasificación entre lo creado; no constituyen la exclusividad del sentido ontológico de la creación; la exclusividad humana es la clave para interpretar el sentido último de todo lo que es, según los mitos del *Popol-Vuh*.

IV. LA EXCLUSIVIDAD EPISTEMOLOGICA

Para que la criatura portadora de la exclusividad se diera dentro del esquema ontológico general, la mentalidad quiché pre-colombina buscaba ciertas características cognoscitivas que debiera poseer y, de hecho, el ente exclusivo debería excluirse, en parte, de los demás entes en virtud de sus características específicas de índole epistemológica.

Se dice en el *Popol-Vuh* que los Creadores y Formadores buscaron las diferencias específicas epistemológicas en el estado original de los entes de la creación, sin lograrlo, “Cuando el Creador y el Formador vieron que no era posible que hablaran —se refiere a los entes a excepción del hombre— se dijeron entre sí: —no ha sido posible que ellos digan nuestro nombre, y el de nosotros, sus Creadores y Formadores. Esto no está bien, dijeron entre sí los Progenitores” (4). Para que el ente exclusivo que se buscaba fuera tal, la mentalidad mitológica quiché señalaba como característica importante una cierta capacidad simbólica desarrollada, es decir que pudiera estructurar un lenguaje abstracto. A la mentalidad quiché no se le escapaba la existencia necesaria de un medio de comunicación entre los demás entes; pero una simple comunicación acústica no bastaba. Para el *Popol-Vuh*, el lenguaje elaborado como exclusividad epistemológica era importante; se dice en el *Popol-Vuh* en relación a los demás entes que a pesar de comunicarse entre sí “. . . no se pudo conseguir que hablaran como los hombres; solo chillaban, cacareaban y graznaban; no se manifestó la forma de su lenguaje, y cada uno gritaba en forma diferente” (5). El lenguaje que se buscaba no era la simple expresión acústica de sonidos, sino una forma que pudiera hacer inteligibles y transmisibles el pensamiento y el sentimiento. En otros términos, el lenguaje debiera ser universal, de allí la alusión a “la forma de su lenguaje”. Los demás entes no podrían ser el punto exclusivo de la creación, en parte, por la ausencia del recurso epistemológico del lenguaje y, por ello, la posesión ontológica dentro de este esquema general para estos entes es cambiada a servir de simples medios para que se manifestara concretamente el sentido ontológico de la creación, “Vosotros aceptad —refiriéndose a los entes naturales— vuestro destino: vuestras carnes serán triturradas” (6).

El lenguaje se convierte, así, en el instrumento necesario y universal para poder desarrollar el sentido de la creación. Sin el lenguaje, la mentalidad quiché no podía concebir ninguna exclusividad ontológica del sentido, “Por esa razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados a ser comidos y

(4) Ibid. Pág. 26

(5) Ibid. Pág. 26

(6) Ibid. Pág. 27

matados los animales que existen sobre la faz de la tierra" (7).

Pero, al mismo tiempo, además de enfatizar en lo lingüístico, éste lleva a la tradición quichelense a pensar en otra característica que posibilite el lenguaje como instrumento de comunicación abstracta; ésta es la razón en sentido general. No se podía concebir un ente con recursos lingüísticos y sin elemento racional; de ahí que, después de consumarse la primera tentativa de hacer al hombre —el hombre de barro— éste es destruído; "A principio hablaba, pero no tenía entendimiento" (8). La falta de racionalidad hacía del ente de barro una creación que, a pesar de poseer habla no podía recordár o asociar ideas. La segunda tentativa de hacer al ente exclusivo —el hombre de madera— tropieza con la dificultad de dotarlo con racionalidad. Los hombres de madera "Se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra" (9); pero, a pesar de ello, "...no tenían alma, ni entendimiento, no se acordaban de su Creador, de su Formador;" (10). El recurso racional hace posible que la exclusividad pueda darse en el ente exclusivo que se buscaba. Si bien que en el segundo intento se concretizó el ente con lenguaje ordenado, éste no poseía la racionalidad que posibilitara la memoria. Tal parece que, la mentalidad quichelense, concebía por aparte la racionalidad en tanto ordenadora de conceptos (lenguaje en general) y la racionalidad que posibilitaba el recurso de la memoria. Para los quichés, bien podría darse la razón que estructurara el lenguaje, pero no la que recordara. Al menos que el recurso mnémico tenga aquí una carga ética como el de olvidarse del deber o sea la razón fundamental de su exclusividad. Es muy importante que esto sea así, principalmente cuando se lee refiriéndose a los hombres de madera que "Por esa razón ya no pensaban en el Creador, ni en el Formador, en los que les daban el ser y cuidaban de ellos" (11). Lo ético y la predisposición racional se ven estrechamente entrelazadas. El término "entendimiento" se entiende como el recurso epistemológico que los hace no sólo comprender su exclusividad sino también el re-

cordarla. La última tentativa de hacer al hombre llenó el propósito de la exclusividad ontológica. "...Una misma era la lengua de todos. No invocaban la madera ni la piedra, y se acordaban de la palabra del Creador y Formador, del Corazón del Cielo, del Corazón de la Tierra" (12).

Pero, no únicamente esta mezcla de recursos ético-teológico-epistemológicos eran los que hacían del ente hombre el ente del sentido ontológico, sino también el conocimiento empírico de la naturaleza; "Grande era su sabiduría; —se refiere al hombre producto último del intento de crear al ente exclusivo— su vista llegaba hasta los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles" (13). Esta sabiduría no era ética, sino puramente empírica; "Fueron dotados de inteligencia; vieron y al punto se extendió su vista, alcanzaron a ver, alcanzaron a conocer todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban, al instante veían a su alrededor y contemplaban en torno a ellos la bóveda del cielo y la faz redonda de la tierra" (14).

La exclusividad epistemológica del ente hombre, según la tradición quichelense, se presenta en dos modalidades: una, la que interesa al conocimiento ético-religioso; y, la otra, el conocimiento lingüístico y empírico. Aunque este último le es restringido al hombre cuando la tradición quichelense señala que "Entonces, el Corazón del Cielo les echó vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron como cuando se sopla sobre la luna de un espejo. Sus ojos se velaron y sólo pudieron ver lo que estaba cerca, sólo esto era claro para ellos" (15). El conocimiento humano, pues, a pesar de ser una característica de lo humano, no es totalmente acabado ni omniabarcante, sino que se da en un cierto grado inferior a la totalidad posible a conocer.

V. LA EXCLUSIVIDAD TELEOLOGICA

Según el *Popol-Vuh*, el problema del sentido de lo creado se resuelve en su teleología. El ente exclusivo —el hombre— realiza la teleología del mundo mediante su propio desenvolvimiento y para concretar el sentido de lo creado, el ente exclusivo

(7) Ibid. Pág. 27

(8) Ibid. Pág. 28

(9) Ibid. Pág. 29

(10) Ibid. Pág. 29-30

(11) Ibid. Pág. 30

(12) Ibid. Pág. 109

(13) Ibid. Pág. 105

(14) Ibid. Pág. 105

(15) Ibid. Pág. 107

deberá contar con ciertas características epistemológicas, las cuales lo colocan en una posición ontológica de carácter exclusivo. Los demás entes no podrían realizar el sentido, la teleología de lo creado, por sus propias características exclusivas que los colocan en una posición ontológica de medios y no de fines.

En la cosmovisión de la tradición del pueblo quiché, la idea de una teleología teológica era prevalente desde los inicios de la creación; esta idea se presentaba con carácter de exclusiva; se dice en el *Popol-Vuh* que los Creadores y Formadores se preguntaron “¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la tierra?” (16). El sentido de la creación se revela en el *Popol-Vuh* con carácter religioso. La creación en sí misma tiene una teleología religiosa. La creación no se dirige por sus propios medios causales hacia un estado, sino que es un estado permanente con fines religiosos. El sentido de la creación gira en torno a la relación que ésta establece a través del ente exclusivo —el hombre— con los dioses. A partir de esta cosmovisión teleológica de la creación podemos muy bien interpretar la organización social, política y económica de los pueblos nativos pre-colombinos, e inclusive aún hoy en día, que es de carácter fundamentalmente religioso. El mundo existencial indígena gira alrededor de la idea de la teleología religiosa. Si prescindieramos de esta idea fundamental —filosófica— ninguna investigación posterior de carácter sociológico, político o económico tendría sentido como investigación ya que no se lograrían los fines perseguidos.

Podríamos decir que la idea fundamental del *Popol-Vuh* se resuelve esencialmente, en la creación del ente exclusivo con una teleología definida, precisamente, por esa exclusividad. Las tentativas realizadas para crear este ente exclusivo confirman esta idea. Después del primer fracaso por lograr su propósito, los Creadores y Formadores se preguntaron dice el *Popol-Vuh*, “—¿Cómo haremos para perfeccionar, para que salgan bien nuestros adoradores, nuestros invocadores?” (17). Pero, tampoco la segunda tentativa logró concretizar la teleología que los Creadores y Formadores le habían asignado a la creación. Los hombres de madera, a pesar de ser portadores de ciertas características epistemológicas exclusivas, no lograban realizar la exclusividad teleológica —es decir, la capacidad de hacer religión. “Ya

no se acordaban del Corazón del Cielo —dice el *Popol-Vuh*, refiriéndose a los hombres de madera— y por eso cayeron en desgracia” (18).

Sin el elemento religioso, según la tradición, la creación y, en consecuencia, el hombre, no tiene sentido ontológico; sin la realización teológica, la existencia de lo humano y de lo no humano no tiene razón para existir. La mentalidad indígena refleja desde sus mismos fundamentos filosóficos esta cosmovisión; por eso para que el ente humano fuera verdaderamente el ente exclusivo debiera de realizar en sí mismo y en lo natural el sentido teológico del que es portador, de la razón última por la que ha sido creado; y de hecho, si el elemento religioso no hubiera sido tan fuerte en las cosmovisión nativa, el desarrollo y estructura de las sociedades precolombinas hubieran tenido no sólo un sentido diferente, sino también la vía existencial por la que se realizaron hubiera sido totalmente diferentes.

El ente hombre resuelve su carácter exclusivo porque sólo él es el que no sólo puede sino que debe realizar el sentido teleológico de lo ontológico. El no ser capaz o el no querer concretar este sentido representa, en la mitología quichelense, la caída en desgracia del ente humano. Esa fue la razón más importante del fracaso de las tentativas de la creación del ente exclusivo. El no realizar el sentido teleológico de lo creado representa, incluso, una degradación dentro del esquema ontológico. Y eso es precisamente lo ocurrido a los hombres de madera que, según el *Popol-Vuh* “... la descendencia de aquellos son los monos que existen ahora en los bosques; estos son la muestra de aquéllos, porque sólo de palo fue hecha su carne por el Creador y el Formador” (19).

Pero, la idea de lo religioso en la mentalidad quichelense no se agotaba únicamente en actos esporádicos de agradecimiento sino que adquiría carácter de permanente, y es allí donde radica la importancia de lo religioso en esa clase de comunidades. La idea de esta comunicación religiosa perenne se evidencia cuando los Creadores y los Formadores se aprestan a realizar el último intento por crear al ente exclusivo, aquéllos buscan “que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir” (20). De allí que además de concebir la idea de una adoración constante, ésta se

(18) Ibid. Pág. 30

(19) Ibid. Pág. 39

(20) Ibid. Pág. 103

(16) Ibid. Pág. 27

(17) Ibid. Pág. 28

debe realizar por medio de sacrificios de carne y sangre. Los dioses, según esta tradición, necesitan de la realización del sentido de lo teleológico por medio del hombre a fin de poder seguir existiendo como dioses Creadores y Formadores. De manera que no es simple adoración, sino también sustentación. Esta idea está en contraposición a la idea cristiana de que es Dios quien, además de crear, sustenta lo creado. Esta concepción nativa marca ya el principio de la vía existencial del culto y de la organización social, económica y política no sólo de la sociedad quichelense, sino de la mayoría —sino todos— de los pueblos pre-hispánicos.

La finalidad ontológica no sólo del hombre, sino también de la creación se agotaba, según esta concepción, exclusivamente en lo religioso. La cosmovisión quichelense hacía interpretar la creación como manifestación directa de la divinidad, de allí que la naturaleza toda era presentada por medio de motivos religiosos. Claro está que la resultante de la concepción ontológica de una causa y de una finalidad exclusivas de la creación nos lleva a la consecuencia ética del fatalismo. Al ente humano se le concebía a partir de una teleología ya definida al margen de su propia voluntad so pena de verse excluido ontológicamente del esquema general como el ente exclusivo, y, consecuentemente, verse degradado. De esta concepción teleológica religiosa del universo, podemos explicar el sentido fatalista que predomina en la vía existencial de desenvolvimiento de los pueblos pre-hispánicos y que ha influido considerablemente en la organización psico-ética del nativo pre-hispánico y que aún se observa en la actualidad.

VI. LA EXCLUSIVIDAD ANTROPOLOGICA

La exclusividad antropológica se constituye en el punto en el cual convergen las distintas exclusiones, o, también, en el punto del que se desprenden éstas. Al hombre del *Popol-Vuh* se le concibe como el poseedor de características ontológicas, epistemológicas y teleológicas exclusivas. El hombre, según la mitología quichelense, es un ente muy especial que se desarrolla de acuerdo a un plan teleológico de la creación en general y que ésta no tendría razón de ser sin el ente exclusivo que es el hombre; y éste no podría ser ni existir (desenvolverse) sin ciertas cualidades que le son inherentes. El ocupar una posición exclusiva dentro del esquema general de la creación, el desarrollar capacidades

epistemológicas exclusivas y concretar una teleología exclusiva hacen del ser del ente humano el punto focal de la grandeza y gloria de lo ontológico. El hombre del *Popol-Vuh* es el que desarrolla cultura (invención del fuego, de instrumentos tecnológicos, entes culturales en general, etc.) pero siempre en torno a una teleología ya definida, es decir, lo religioso. Sin lo religioso, según la mitología del *Popol-Vuh*, el hombre no es capaz de convertirse en un ente cultural, social, político, tecnológico. El elemento religioso es el recurso exclusivo mediante el cual el ente hombre se hace presente en el esquema ontológico general, cumpliendo, así, no sólo su teleología exclusiva, sino también la posibilidad de cumplir con la estructuración de su propio mundo.

Al margen de una consideración puramente teológica del contenido de la religión quichelense, podemos considerar al elemento religioso como el punto de partida (no cronológico, es decir, el principio antropológico) desde donde se desarrolla y estructura el mundo del indígena pre-hispánico. Y esta es la razón fundamental por la que todas las manifestaciones culturales en general están impregnadas del sentimiento de lo religioso. La arquitectura no se destina, por ejemplo, como un recurso meramente decorativo o práctico-funcional, sino que es una manifestación de la cualidad humana de lo religioso, considerado no sólo como un elemento exclusivo, sino también imperativo para que el ente humano pudiera considerarse verdaderamente como tal.

El hombre no es, con rigor, un ente exclusivo, según esta cosmovisión, por una mera posición ontológica, ni por ser poseedor de ciertas cualidades epistemológicas, sino por realizar la vía existencial de su teleología; es ésta la que hace posible no sólo al ente humano, sino también a su exclusividad.

La razón fundamental de los fracasos por crear al hombre exclusivo se debió, esencialmente, a que los entes creados no cumplieron con su teleología; bien podrían ser poseedores de ciertas características epistemológicas exclusivas (lenguaje, entendimiento, etc.) tal el caso del hombre de madera, pero que no fue capaz de desarrollar o de cumplir con su teleología, que no llegaría a constituirse en el ente exclusivo.

Lo importante en la exclusividad teleológica no es, en realidad, la religión como una ordenación de ritos y dogmas, sino como un elemento originario alrededor del cual se determina la existencia del ser humano y su mundo, es decir la vía existencial. Lo religioso como fenómeno determinante de lo humano es lo que interesa a una concepción antropológica

gica; a través del hilo conductor —que es el fenómeno de lo religioso— que descubre la antropología filosófica nos permite comprender el mundo del ser humano y su desenvolvimiento a través de la narración de la mitología quichelense. El mundo del indígena pre-hispánico estaba determinado, estructurado, por la capacidad humana de lo religioso que, traducido a la mitología quichelense del *Popol-Vuh*, es entendida como la teleología exclusiva del hombre. No existe, para esta mitología, otro fin o razón final de la existencia del hombre que no sea el ser religioso, el estar en contacto perenne con realidades suprahumanas. Este estado permanente de lo religioso no sólo es constante, sino también omniabarcante, omnipresente, penetra todas las manifestaciones culturales y tecnológicas de lo humano; y, por eso, es exclusivo. Además de ser constante, al fenómeno religioso, se le considera, en el *Popol-Vuh*, preponderante y determinante en la vía existencial de lo humano. El incumplimiento de la teleología exclusiva del ente humano incurre en una falta ética. El olvido consciente del deber, el faltar al código moral de la tradición quichelense, provoca que el ente humano pierda su exclusividad. Pero, la relación entre ética y teleología religiosa es, posiblemente, la menos importante. El incumplimiento con la teleología exclusiva acarrea no sólo una falta meramente ética, sino también una degradación del ente humano al no ser poseedor de la razón de ser

de su existir; así, lo que verdaderamente resulta importante es la relación entre la teleología exclusiva y la antropología filosófica. El ente humano para ser un ente exclusivo —es decir, para ser hombre— debe cumplir con las exigencias últimas de su razón de ser: un ente constante, exclusiva y perennemente religioso.

Por esta concepción preponderante en el mundo pre-hispánico, el ente indígena es el ente religioso por antonomasia; todo su desarrollo, su mundo, su existencia, giraban en torno al fenómeno de lo religioso. El mundo indígena pre-hispánico se excluye del cuadro ontológico de los demás entes en virtud de la práctica del fenómeno religioso y se incluye dentro de un mundo verdaderamente exclusivo, para auto-sustentarse a sí y por sí mismo en su soledad ontológica. La soledad antropológica es interpretada y concebida por el indígena prehispánico a través de la práctica de su exclusividad onto-teleológica, es decir, del fenómeno humano en lo religioso. El indígena pre-hispánico es su soledad y su religiosidad.

BIBLIOGRAFIA

- 1) *Popol-Vuh, Las Antiguas Historias del Quiché*; Traductor Adrián Recinos; 6a. reimpresión; Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1970.

(1) Corrales, Diego. "Yucatán Sácano una vida milenaria en la defensa de su cultura autóctona." *Revista Cultural de los Estados Unidos Americanos*, 1963, número V, p. 53.

(2) Corrales, Diego. "Yucatán Sácano una vida milenaria en la defensa de su cultura autóctona." *Revista Cultural de los Estados Unidos Americanos*, 1963, número V, p. 53.